

"¡Corten el micrófono! ¡Desenchufen, rápido!", gritaba la presidenta del Comité Nacional de la Organización Mundial para la Educación Preescolar cuando uno de los congresistas quiso tomar la palabra para preguntar si la mesa tenía previsto un tiempo para hacer una reflexión crítica sobre el congreso. Esta es la historia de un singular boicot, y digo singular porque si por lo general se atribuye a la "contestación" el deseo de hacer fracasar asambleas y reuniones mediante actitudes irreconciliables, en este caso aparece bien claramente que son los propios organizadores del congreso quienes lo boicotean, haciendo imposible el diálogo, poniendo trabas a la celebración de reuniones de trabajo, cortando las intervenciones y dejando, en suma, reducido el congreso a la pura desnudez protocolaria.

Para mediados de diciembre fue convocado en Valencia por el Comité Nacional de la Organización Mundial para la Educación Preescolar (OMEP) y por el Instituto de Ciencias de la Educación (ICE), de la Universidad de Valencia, un Primer Congreso Nacional de Educación Preescolar. Las reuniones, a las que asistieron entre ochocientos y mil congresistas, tuvieron lugar en el salón de actos de la Escuela Oficial de Idiomas de la capital valenciana. "Estuvimos tres días encerrados mañana y tarde en este salón sin poder hablar", dice un congresista resumiendo la marcha de las reuniones. Los componentes de la mesa de la presidencia, organizadores del congreso, insistieron repetidamente en la idea de que la OMEP no es un organismo oficial, sino una asociación internacional independiente. El hecho es, sin embargo, que la mayoría de los miembros del Comité español de la OMEP tienen cargos oficiales en la política educativa del país. La presidenta del Comité, doña Aurora Medina, por ejemplo, es delegada provincial del Ministerio de Educación y Ciencia en Guadalajara. Los congresistas, al matricularse, venían obligados a presentar su carnet de identidad y a presentar también el número de registro de funcionarios.

Sobre los aspectos sociológico, psicológico, pedagógico, etcétera, de la educación pronunciaron conferencias el padre Vázquez, el doctor López Ibor, doña Asunción Prieto y don Víctor García Hoz. Pero la conferencia estelar del congreso corrió a cargo del profesor Mialaret, presidente del Comité francés de la OMEP y también presidente mundial de la Organización. Hombre de gran prestigio internacional y dotado de gran talento diplomático y "savoir-faire", el profesor Mialaret hizo, cuentan, las delicias de muchos congresistas, especialmente de las señoras. Se comentó muy elogiosamente el hecho de que el profesor hubiese hecho el esfuerzo de leer su conferencia en castellano. Como nota significativa, la voz del profesor Mialaret, grabada en cinta magnetofónica durante su conferencia, fue escuchada varias veces en el salón del congreso, a la salida y entrada de los actos, como balsámica música de fondo con que los organizadores quisieron envolver la "operación boicot" de su propio congreso.

Los incidentes demostrativos de este boicot se prodigaron a lo largo de las reuniones. A los congresistas que presentaron comunicaciones se les pidió que las resumieran lo más posible. "De prisa, de prisa, no hay tiempo", decía el presidente de la mesa.

silla de pista

COMO SE BOICOTEAN UN CONGRESO

Y ello redundaba en que la persona que estaba leyendo su comunicación iniciara una lectura rápida, maratónica, de su texto, con la consecuencia de que no se entendía absolutamente nada de lo que quería decir. La presidencia hizo abundante uso de un arma nueva en este tipo de congresos: la campanilla, cortando, a campanillazo limpio, cualesquiera conatos de discusión o diálogo sobre los temas planteados.

Particularmente original era el concepto de "mesa redonda" propuesto por los organizadores. Las "mesas redondas" tenían lugar en el mismo salón de actos, y el congresista que quería intervenir o hacer alguna pregunta se tenía que levantar de su asiento y dirigirse al micrófono instalado junto a la mesa, ya que de otro modo no se oía su voz en el recinto. En una ocasión, un congresista se levantó y, cruzando el inmenso salón, se acercó al micrófono para preguntar a la presidencia cuándo iba a celebrarse la mesa redonda sobre el tema planteado en la sesión de la mañana. Doña Aurora Medina, exclamó (en lo que se interpretó como una definición oficial de la "mesa redonda"): "¡Ah, yo creía que la mesa redonda era esto!". Hubo risas y la campanilla se encargó de cortarlas.

Los organizadores hicieron hincapié sobre el principio de autoridad. Cuando, al "discutirse" la ponencia de sociología, un congresista se adelantó a pedir una aclaración a la mesa, el presidente le gritó de buenas a primeras: "¡Yo soy el presidente!", como irrefutable argumento que invalidaba su pregunta. En otra ocasión, cuando alguien preguntó si se había previsto un tiempo para hacer una reflexión crítica sobre el congreso, en el incidente que contaba yo al principio de esta crónica, tomó la palabra uno de los organizadores para decir que "crítica constructiva, sí. Pero boicotear el congreso, eso no". El interviniente sugirió entonces que el que hablaba estaba haciendo un juicio de valor, y doña Aurora Medina gritó: "¡Usted ya ha hablado bastante! ¡Retírese!". Hubo un poco de jaleo, y entonces fue cuando doña Aurora pidió que se desenchufara el micrófono.

El grueso de los congresistas no puede decirse que fuera precisamente contestatario. Había mucha gente joven, pero, en general, el congreso estaba dominado por gente de mediana edad, maestros y maestras que cuando

la campanilla les permitió hablar limitaron su contestación a lamentar el estado de abandono en que se encontraban sus escuelas y los precarios medios en que tenían que realizar su labor educativa. A pesar de ello, hubo algunos abucheos y pateos en la sala en algunos momentos. Por ejemplo, cuando el profesor López Ibor dijo, en su conferencia sobre "Desarrollo y equilibrio biopsíquico", que las diferencias de inteligencia en las diversas razas debían atribuirse a factores genéticos. El ilustre psiquiatra, al escuchar rumores de desaprobación en la sala, desplazó la cuestión a términos algo más generales y dijo que lo que él quería decir era que "en cada raza hay algo genético" que distingue unas razas de otras. Como ejemplo puso una pregunta: "¿Por qué los portugueses se entienden mejor que los americanos con las gentes de raza negra?". Se escucharon gritos y pateos, que se reprodujeron cuando el doctor López Ibor, al hablar de Freud y del psicoanálisis, hizo la afirmación de que "Estas cosas de Freud, de las que habría mucho que hablar". Al escuchar los rumores de desaprobación, el conferenciante dijo que "en definitiva, Freud fue un hombre genial".

El agobiado tiempo de los congresistas se llenó con conferencias, demostraciones de material de enseñanza a cargo de las editoriales y exhibición de películas sobre las maravillas de la enseñanza en el Canadá, que contemplaron con triste resignación los abandonados maestros de pueblo llegados de todas las regiones españolas. Hubo alguna reunión informal al margen del congreso para discutir algunos puntos, y llegó a celebrarse, en una sala del primer piso del edificio de la Escuela Oficial de Idiomas, lo que puede llamarse un "anticongreso", convocado por un grupo independiente. La mayor parte de los congresistas subieron al primer piso, dejando a la minoría en el salón oficial. En esta reunión se redactó un comunicado que la prensa publicó en aquellos días y en el que se formulaba la necesidad de denunciar, y no sólo de lamentar, la falta de puestos de enseñanza preescolar, así como de realizar una investigación sociológica para dar a conocer la situación real de la enseñanza preescolar en el país. Se pidió también que el próximo congreso no se celebre hasta tanto no se disponga de un material de trabajo suficiente y se garantice que la mayor parte del tiempo del congreso se destinará a reuniones de trabajo y discusiones de ponencias.

A pesar del boicot de los propios organizadores, por tanto, se pudo realizar una reunión que, aunque distó mucho de ser satisfactoria para muchos de los congresistas, constituyó al menos una excepción en el párrafo de actos protocolarios planeados por el comité organizador. Sus miembros trataron de impedir esa reunión por todos los medios, posponiéndola para otro día, exigiendo que las conclusiones fueran firmadas por los reunidos y que se limitaran a puras recomendaciones.

El día de la clausura, cuentan, fue un brillantísimo "desfile de modelos", en que los organizadores y, sobre todo, las organizadoras de la OMEP y del ICE aparecieron con sus mejores galas para poner broche de oro al que puede denominarse "el congreso de la campanilla" ante los frustrados congresistas. ■ LUIS CARANDELL.